

*"El Correo de Andalucía" comentó la reciente exposición de Antonio Adelardo en nuestra Casa, con las siguientes expresivas líneas:*

Antonio Adelardo está celebrando estos días una exposición, en el Ate-neo, que es visitadísima. Es una de esas personas y de esos artistas que por su valor humano, atraen.

Adelardo —avasalladora simpatía— tiene una personalidad pictórica y una extraordinaria honradez artística. Se mantiene, como el personaje del dramaturgo inglés, fiel a sí mismo. ¡Que en estos tiempos de claudicaciones y vacilaciones, ya es algo!

El que no le conozca personalmente, pensará ante sus cuadros:

—Aquí hay un gran pintor, inteligente.

Y el que le conozca de cerca, más. Sus lienzos transparentan su talento y parecen ante el observador de cristal.

En Adelardo domina la idea sobre el pincel. La pintura en él es más un medio que un fin, un camino que una meta.

Dígalos si no, "Senda", boceto de una concepción noblemente ambiciosa. Expresión de la Mediación de Nuestra Señora. El pecador arrepentido, bajo el manto de María, ofrece a Cristo la corona de espinas de sus dolores y angustias.

En sus cuatro retratos, los de las señoras de Vázquez Reina y Montero Galtier, el del profesor de la Escuela Superior señor Pérez Aguilera y el de Manolete (éste el más logrado por su mayor valoración humana), Adelardo se muestra pintor de aguda sensibilidad. Pone en su paleta de tonos verdosos, pintura, y algo más, Psicología, alma. Sin ella, no hay retrato "verdadero".

De sus demás obras, "Poema" (ya conocida), "Refugio", "Circo" (triunfo del color sobre el dibujo y de la emoción sobre la técnica), "Soledad", "Café cantante" y "Muerte de Colombina" (su trabajo de más empeño, señalado con el número 19), hasta 23—que son las exhibidas—diremos lo mismo.

Y la pintura de Adelardo, por paradaja, es triste. Por paradaja, porque él es cordial, y desbordante su efusión.

Acaso responde a ese "yo triste" que, a ratos, tenemos todos. Su jovialidad contagiosa contrasta con su producción pictórica, llena de preocupación, de hondura.

Adelardo sonríe a su obra, fundamentalmente dramática y pasional. Y su sonrisa la convierte en consoladora.

Espíritu bueno, acogedor, sencillo. su risa noble, que reparte a todos y a todos prodiga, es su mejor y más leal pincelada, la final, la definitiva.

La pincelada optimista sobre el fondo sombrío, el gozo sobre la pena, la risa, triunfal, sobre la lágrima. ¡Lo que debe ser la vida!

## Donoso Cortés y la Revolución del 1848, de José F. Acedo Castilla



**LA** CONTINUIDAD y la atención casi amorosa que José Acedo viene consagrandó a Donoso Cortés, hace pensar en aquellas certeras afinidades electivas donde nada menos que la genialidad de Goethe sospechó encadenar en anillos espirituales las volubles volutas de la historia. Porque el afecto amoroso que delata la amorosa continuidad con que Acedo analiza a Donoso, es prenda de que tal vez en él repercuten muchas de las cualidades que él admira en Donoso.

Las enseñanzas que cualquier estudio de Acedo sobre Donoso puedan reportarnos son, por ende, de la máxima enjundia. No apenas, porque en Acedo las ideas dictadas por Donoso ganan una interpretación cierta, nacida de un comercio continuo con el orbe del pensamiento decimonónico, sino porque muchas veces cabe preguntarse, dada la identidad humana entre ambos, si Donoso no hubiera reaccionado como Acedo situado en iguales circunstancias.

La extraordinaria gama de erudición que llena este trabajo, con ser tanta y tan completa, cede en el lector a la agudeza original con que se captan matices donosianos hasta ahora no profundamente meditados, con ser amplísima la bibliografía que Donoso levantó. Sirva de ejemplo, por citar uno, la maestría con que Acedo desmenuza el consabido lugar común del Donoso profeta. Llevamos año tras año atosigándonos en la noción de un Donoso intuitivo, que por el corazón y no por el cerebro adivina entre las nieblas del porvenir las nubes negras de la revolución. Parece como si su inteligencia fuera nula y todo saber del pecho le vino, como si en Donoso la corazonada extremeña bastara para construir un sistema de ideas históricas, sin asidero en la historia, como si lo que no daba el estudio arribó prodigiosamente por los caminos de la maravilla más impensada. Ha sido Acedo quien puntualiza con unos rasgos de soberbia factura literaria cómo Donoso fué más filósofo de la historia que adivino, y cómo su prodigiosa capacidad de prevenir futuros, lejos de nacer de una intuición quimérica e ingenua, era el lógico resultado de un estudio de las causas soterradas del acaecer histórico. El Donoso humano que Acedo nos presenta cae quizás del pedestal de admiraciones a los ojos del vulgo bobalicón de la cultura; pero sube a alturas de grandeza intelectual magnífica para los auténticos catadores de los logros del saber.

Este detalle basta para calibrar la valía del estudio que comento hoy. En la brevedad apretada de unas páginas, compuestas con la brillantez más galana, andan medidos los conceptos en densísima apretura. Quien quiera conocer al día el estado de los estudios donosianos, topará aquí una bibliografía exhaustiva, y lo que vale más, una bibliografía donde las posturas están sopesadas criticadas y expuestas al detalle. Quien aspire a más—a lo que es más importante, a ganar un otero desde donde sea hacedora la contemplación, a vista de pájaro histórico, del alma de Donoso—, tiene ahí algo insustituible; que no en balde el estudioso y el estudiado se hermanan en la entraña de las almas y Acedo viene a traducir, en actitudes vitales, las actitudes vitales de la política y del pensamiento del gran varón de Extremadura.

En lo breve de sus letras, este estudio sobre Donoso puede pasar por lo más completo que del tema yo he leído. Y, sobre todo, por una versión exacta y calibrada de los bríos humanos que Donoso encerró en la medida elocuencia de sus obras.